

LA PALMERA DE PINCHOS

A partir de 2º

Lo que voy a contar ahora ocurrió hace mucho tiempo. Seguramente os acordáis que cuando María, José y el Niño Jesús huían en burro a Egipto, tuvieron que cruzar el desierto. Que llegó el momento en el que casi no aguantaban más; tenían mucho calor y la sed les atormentaba. Que con las últimas fuerzas llegaron a un pequeño oasis, en donde una palmera les regaló agua, les entregó sus dátiles y les dio sombra refrescante.

Cuando después de un descanso la Sagrada Familia prosiguió su camino, esta buena palmera se puso muy triste. A ella le habría encantado poder ser más útil al Niño Jesús.

María notó enseguida que la palmera estaba triste y al partir le hizo una señal como diciéndole:

-“Espérate, ya llegará tu tiempo.”

Tuvieron que pasar 33 años hasta que una hermana de aquella palmera tuvo la ocasión de ver a Cristo y servirle con algo que ella poseía: esta vez no era con agua, ni con dátiles, ni con la sombra, sino con sus ramas y sus hojas tan largas.

La gente las cortaba cuando supo que Cristo iba a entrar a Jerusalén sentado sobre un borrico. Todas las personas se pusieron a ambos lados de la calle portando en sus manos una rama de aquella palmera. Formaban entre todas un arco grande, debajo del cual pasaba Cristo.

Esta fue la segunda vez que la palmera tuvo la ocasión de encontrarse con el Hijo de Dios. Y hasta hoy día se recuerda aquel domingo: es el domingo antes de la Pascua, “el Domingo de Ramos”, por las ramas de la palmera.

En aquel primer Domingo de Ramos crecía por ahí, -muy cerca de por donde pasaba Cristo-, otra palmera de distinta especie a las dos anteriores: esta no tenía dátiles, ni llevaba mucho agua dentro de sus raíces, ni tenía sus ramas especialmente largas o bonitas, sino por el contrario, poseía muchos fuertes pinchos. Fue por eso que la gente no se atrevió a tocar a aquella planta pinchuda. Por eso la palmera se puso muy triste, pues ella también quería formar aquel precioso arco de ramas de palmera.

Pasó por allí un Niño, más o menos de vuestra edad, que se paró muy cerca de la triste palmera, y se dio cuenta de ello.

¿Por qué?

Porque era capaz de entender le lenguaje, tanto de las plantas como de los animales.

El Niño oyó como la palmera gritaba:

-“Quiero regalarles la médula que llevo dentro, pues es muy fuerte y muy flexible. ¡Seguro que para algo les puede servir!”

Aquel Niño escuchó esto, pero no sabía qué hacer, pues para sacar la médula del tronco de una palmera hay que talarla y esto no es fácil.

Dio la casualidad de que Cristo pasaba por allí montado sobre el burro; el Niño le mandó un saludo con su mano al mismo tiempo que susurraba a la palmera:

-“Espérate, para que tú también puedas ser útil. Algo se me ocurrirá.”

La palmera mecía su corona medio incrédula y murmurando:

-“Me dices esto cuando Cristo ha pasado ya.”

“¿Cuándo tendré otra oportunidad?”

Fue justo un año después de aquel primer Domingo de Ramos, (*Cristo ya había vuelto al cielo y ya se había celebrado la primera Pascua de Resurrección*), cuando nuestro Niño se dio un paseo por las afueras de Jerusalén.

De pronto, allí, detrás de una roca, vio algo moverse; era algo muy pequeño, un ser marroncito que cargaba con algo que por lo visto pesaba mucho; era nada menos que un ayudante de **la Liebre de Pascua** que estaba preparando los huevos, pintándolos y decorándolos.

Cuando el ayudante de la Liebre vio al Niño, se asustó y dijo:

-“Vete, Niño, tú no debes ver estos huevos todavía.”

Pero la Liebre dijo esto con una voz tan asustada que el Niño se acercó y la acarició diciendo :

-“Liebre, no te asustes y cuéntame ¿por qué estás tan desesperada?”

-“¡Ah!” exclamó el animal, “ya he pintado todos los huevos que debía pintar, pero estoy desesperada porque no sé dónde dejarlos ahora. Sé que a los Niños que estén preparados les debo llevar unos huevos y algunos de ellos los esconderé, pues me encanta que los Niños busquen un poco. Pero el huevo más bonito debo dejarlo en un sitio especial y no sé dónde dejarlo. Veo que hasta ahora ningún Niño ha preparado recipiente alguno digno de recibir este huevo especial, pues él da nueva vida y fuerza, y a partir de ahora lo vamos a traer cada año por Pascua.”

El Niño se quedó pensativo un rato y de repente se acordó de lo que un año antes le había hablado aquella palmera:

-“Llevo médula dentro, fuerte, pero flexible.”

-“¡Ah, Liebre, ya lo tengo; con la ayuda de mi amiga la palmera, me inventaré algo para que cada Niño en Jerusalén se haga un recipiente especial donde tú puedas colocar ese huevo”.

Se despidió y se fue corriendo a casa, donde se reunió con todos sus amigos. Les contó lo ocurrido y todos estuvieron animados en ayudar tanto a la liebre como a la palmera de pinchos. Con la ayuda de algunos padres, talaron aquella palmera; no fue muy difícil sacarle la médula, pero ¡Era muy gruesa, de flexible no tenía nada! Intentaron tallar trocitos de la médula, pero se rompieron en seguida.

-¿Qué podemos hacer ahora? “Desmenucémosla en tiras finas” propuso un Niño.

Dicho y hecho, todos juntos se pusieron a deshacer la médula en hebras finas, que eran tan largas como la palmera misma.

Como estos Niños eran muy manitas y tenían mucha paciencia, pronto se les ocurrió trenzar las hebras para formar cestas. Unas salieron anchas, otras más estrechas, unas altas y otros más bajitas.

Al final del día cada Niño se llevó a casa su cestita, que puso con mucha ilusión el Viernes Santo en su ventana o en su jardín, bien visible para la liebre.

¡Se podéis imaginar lo contenta que se puso aquella palmera y todos sus hijos y nietos sabiendo que los Niños en todo el mundo usan su médula para las cestas y que ella de este modo puede estar un poco más cerca de Cristo como era su deseo!

Aportación de Astrid Weissenborn